Capítulo primero de la exhortación apostólica "*Amoris Lætitia*" del Papa Francisco

Encuentros online para matrimonios de Evangelización digital

P. Miguel Paz, LC

LA FAMILIA A LA LUZ DE LA PALABRA

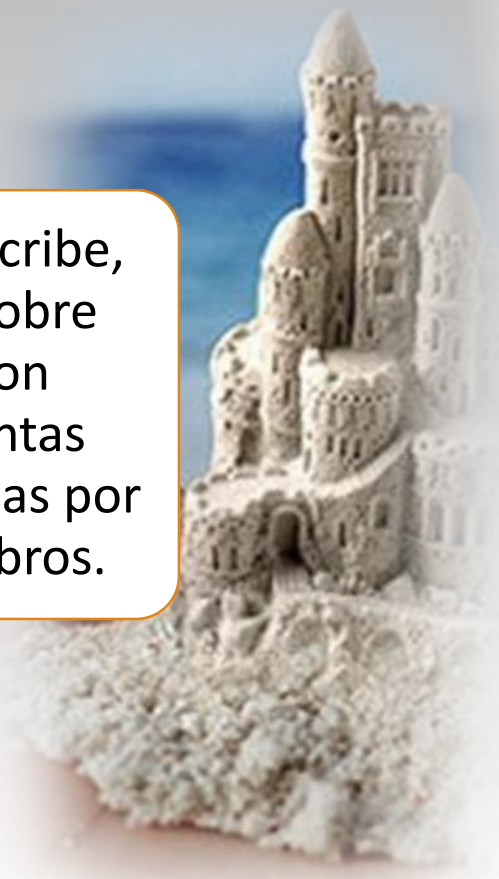
Temas para hoy:

- Tú y tu esposa [9-13]
- Tus hijos como brotes de olivo [14-18]
- Un sendero de sufrimiento y de sangre [19-22]
- La fatiga de tus manos [23-26]
- La ternura del abrazo [27-30]

Introducción

La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares

Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. *Mt* 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares, creadas por las libertades de sus miembros.



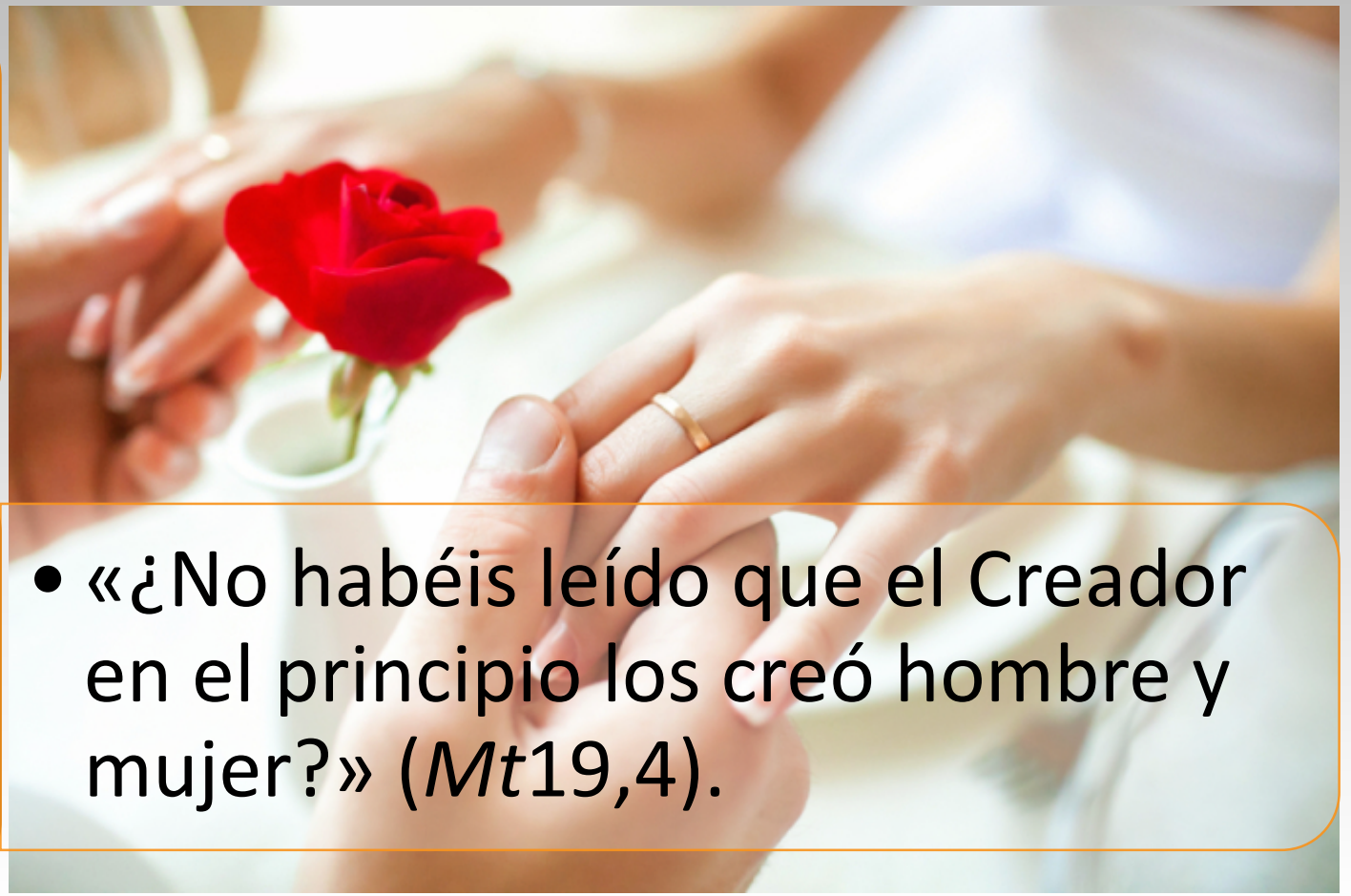
Entremos ahora en una de esas casas, guiados por el Salmista.

«¡Dichoso el que teme al Señor,
y sigue sus caminos!
Del trabajo de tus manos comerás,
serás dichoso, te irá bien.
Tu esposa, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos como brotes de olivo,
alrededor de tu mesa.
Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén,
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!» (*Sal* 128,1-6).

Tú y tu esposa [9-13]

En el centro encontramos la pareja del padre y de la madre con toda su historia de amor.

En ellos se realiza aquel designio primordial que Cristo mismo evoca con intensidad:



- «¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer?» (*Mt*19,4).

Los dos grandiosos primeros capítulos del Génesis nos ofrecen la representación de la pareja humana en su realidad fundamental.

«Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó» (1,27).

La pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente, capaz de manifestar al Dios creador y salvador.

Bajo esta luz, la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor.

El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente.

Pero Jesús, en su reflexión sobre el matrimonio, nos remite a otra página del Génesis, el capítulo 2, donde aparece un admirable retrato de la pareja con detalles luminosos. Elijamos sólo dos.

El primero es la inquietud del varón que busca «una ayuda recíproca»

La expresión original hebrea nos remite a una relación directa, casi «frontal» —los ojos en los ojos— en un diálogo también tácito.

Es el encuentro con un rostro, con un «tú» que refleja el amor divino.

De este encuentro, que sana la soledad, surgen la generación y la familia.

Una adhesión física e interior

«Se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne».

El verbo «unirse» en el original hebreo indica una estrecha sintonía, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios.

El fruto de esta unión es **«ser una sola carne»**, sea en el abrazo físico, sea en la unión de los corazones y de las vidas y, quizás, en el hijo que nacerá de los dos, el cual llevará en sí, uniéndolas también espiritualmente, las dos «carnes».

Este es el segundo detalle que podemos destacar:

Adán, junto con su mujer, da origen a una nueva familia:

Tus hijos como brotes de olivo [14-18]

Tus hijos como brotes de olivo [14-18]

Dentro de la casa donde el hombre y su esposa están sentados a la mesa, los hijos que los acompañan «como brotes de olivo» (*Sal* 128,3), es decir, llenos de energía y de vitalidad.

Si los padres son como los fundamentos de la casa, los hijos son como las «piedras vivas» de la familia (cf. *1 P* 2,5).

Por eso, en el Salmo 127 se exalta el don de los hijos con imágenes que se refieren tanto a la edificación de una casa, como a la vida social y comercial que se desarrollaba en la puerta de la ciudad.

La presencia de los hijos es de todos modos un signo de plenitud de la familia en la continuidad de la misma historia de salvación, de generación en generación.

Sabemos que en el Nuevo Testamento se habla de

«la iglesia que se reúne en la casa»

(cf. *1 Co* 16,19; *Rm* 16,5; *Col* 4,15; *Flm* 2).

El espacio vital de una familia se podía transformar en iglesia doméstica, en sede de la Eucaristía, de la presencia de Cristo sentado a la misma mesa.

Así se delinea una casa que lleva en su interior la presencia de Dios, la oración común y, por tanto, la bendición del Señor.

La Biblia considera también a la familia como la sede de la catequesis de los hijos.

«Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la futura generación (…) él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos, para que lo supiera la generación siguiente, y los hijos que nacieran después. Que surjan y lo cuenten a sus hijos» (*Sal* 78,3-6).

Por lo tanto, la familia es el lugar donde los padres se convierten en los primeros maestros de la fe para sus hijos.

Es una tarea artesanal, de persona a persona.

Los padres tienen el deber de cumplir con seriedad su misión educadora, como enseñan a menudo los sabios bíblicos (cf. *Pr* 3,11-12, etc.).

Los hijos están llamados a acoger y practicar el mandamiento:

«Honra a tu padre y a tu madre» (*Ex* 20,12).

El verbo «honrar» indica el cumplimiento de los compromisos familiares y sociales en su plenitud, sin descuidarlos con excusas religiosas (cf. *Mc* 7,11-13).

El Evangelio nos recuerda también que los hijos no son una propiedad de la familia, sino que tienen por delante su propio camino de vida.

Si es verdad que Jesús se presenta como modelo de obediencia a sus padres terrenos, sometiéndose a ellos (cf. *Lc* 2,51),

También es cierto que él muestra que la elección de vida del hijo y su misma vocación cristiana pueden exigir una separación para cumplir con su propia entrega al Reino de Dios (cf. *Mt* 10,34-37; *Lc* 9,59-62).

Es más, él mismo a los doce años responde a María y a José que tiene otra misión más alta que cumplir más allá de su familia histórica (cf. *Lc* 2,48-50).

Por eso exalta la necesidad de otros lazos, muy profundos también dentro de las relaciones familiares: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra» (*Lc* 8,21)

Por otra parte, en la atención que él presta a los niños, Jesús llega al punto de presentarlos a los adultos casi como maestros, por su confianza simple y espontánea ante los demás.

«En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por lo tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos» (*Mt* 18,3-4).

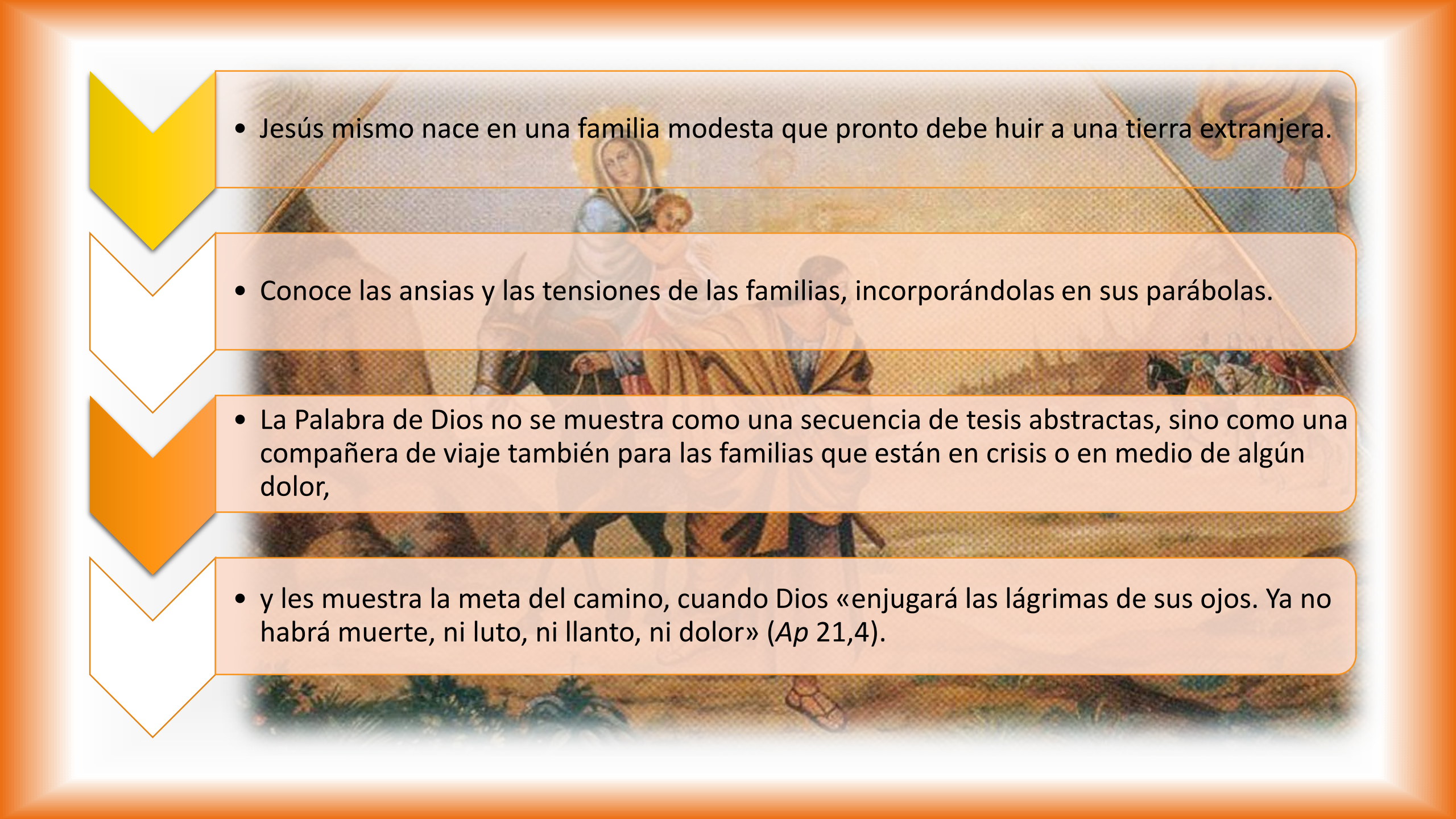
Un sendero de sufrimiento y de sangre [19-22]

El idilio que manifiesta el Salmo 128 no niega una realidad amarga que marca todas las Sagradas Escrituras.

Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y de amor.

Esta dimensión oscura se abre ya en los inicios cuando, con el pecado, la relación de amor y de pureza entre el varón y la mujer se transforma en un dominio: «Tendrás ansia de tu marido, y él te dominará» (*Gn* 3,16).

Es un sendero de sufrimiento y de sangre que atraviesa muchas páginas de la Biblia,



- Jesús mismo nace en una familia modesta que pronto debe huir a una tierra extranjera.
- Conoce las ansias y las tensiones de las familias, incorporándolas en sus parábolas.
- La Palabra de Dios no se muestra como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor,
- y les muestra la meta del camino, cuando Dios «enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor» (*Ap* 21,4).

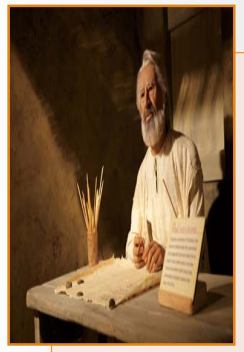
La fatiga de tus manos [23-26]

Al comienzo del Salmo 128, el padre es presentado como un trabajador, quien con la obra de sus manos puede sostener el bienestar físico y la serenidad de su familia.

Que el trabajo sea una parte fundamental de la dignidad de la vida humana se deduce de las primeras páginas de la Biblia, cuando se declara que «Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara» (*Gn* 2,15).

El trabajo hace posible al mismo tiempo el desarrollo de la sociedad, el sostenimiento de la familia y también su estabilidad y su fecundidad.

En el libro de los Proverbios también se hace presente la tarea de la madre de familia, cuyo trabajo se describe en todas sus particularidades cotidianas, atrayendo la alabanza del esposo y de los hijos (cf. 31,10-31).



El mismo Apóstol Pablo se mostraba orgulloso de haber vivido sin ser un peso para los demás, porque trabajó con sus manos y así se aseguró el sustento

(cf. *Hch* 18,3; *1 Co* 4,12; 9,12).

Y estableció una férrea norma para sus comunidades: «Si alguno no quiere trabajar, que no coma» (*2 Ts* 3,10; cf. *1 Ts* 4,11).

Dicho esto, se comprende que la desocupación y la precariedad laboral se transformen en sufrimiento,

Es lo que la sociedad está viviendo trágicamente en muchos países, y esta ausencia de fuentes de trabajo afecta de diferentes maneras a la serenidad de las familias.

como se hace notar en el librito de Rut y como recuerda Jesús en la parábola de los trabajadores sentados, en un ocio forzado, en la plaza del pueblo (cf. *Mt* 20,1-16).

Tampoco podemos olvidar la degeneración que el pecado introduce en la sociedad cuando el ser humano se comporta como tirano ante la naturaleza, devastándola, usándola de modo egoísta y hasta brutal.

Las consecuencias son al mismo tiempo la desertificación del suelo (cf. *Gn* 3,17-19) y los desequilibrios económicos y sociales, contra los cuales se levanta con claridad la voz de los profetas, desde Elías (cf. *1 R* 21)

Hasta llegar a las palabras que el mismo Jesús pronuncia contra la injusticia (cf. *Lc* 12,13-21; 16,1-31).

La ternura del abrazo [27-30]

Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás (cf. *Mt*22,39; *Jn* 13,34),

y lo hizo a través de un principio que un padre o una madre suelen testimoniar en su propia existencia:

«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn* 15,13).

Fruto del amor son también la misericordia y el perdón (cf. *Jn* 8,1-11).

En el horizonte del amor se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales:

la ternura.

Acudamos al dulce e intenso

Salmo 131:

«Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre»

Como se advierte también en otros textos

(cf. *Ex* 4,22; *Is* 49,15; *Sal* 27,10), la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno

(sal 131,2, Oseas 11,1.3-4).

Conclusión

Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia

que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre.

La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu.

- Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas,
- como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes.
- Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (cf. *Mt* 2,11).

- Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiamantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. *Lc* 2,19.51).
- En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente.
- Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios.

¿Dónde encontrarnos?

Nuestra WEB

- **www.evangelizaciondigital.org**

Twitter:

- **@EvangDigital**
- **@PaterAgustin**